



Ediciones
Luciérnaga

JJ BENÍTEZ

LA CARA OCULTA DE MÉXICO

UN HALLAZGO QUE DEBERÍA
CAMBIAR LA HISTORIA

Luciérnaga

A la venta desde el 2 de octubre de 2024

JJ BENÍTEZ

LA CARA
OCULTA
DE MÉXICO

—◆◆◆—
UN HALLAZGO QUE DEBERÍA
CAMBIAR LA HISTORIA

El nuevo libro de uno de los autores más influyentes en habla hispana, autor de la exitosa saga *Caballo de Troya*

La cara oculta de México podría **cambiar la historia** (especialmente la de América).

La nueva **investigación** del periodista navarro **supera todo lo anterior** (sesenta y siete libros publicados).

En un primer momento, J. J. Benítez pensó que esos miles de **figurillas** de barro cocido y **piedras grabadas** eran una falsificación. Las sucesivas dataciones —con C14 y termoluminiscencia— le convencieron: son **auténticas**.





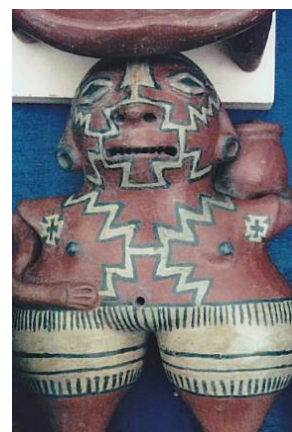
¿ATLÁNTIDA? EL FENÓMENO DE ACÁMBARO

«En **1989** contemplé por primera vez las figurillas de barro de Acámbaro, en México. Acompañaba al añorado doctor **Fernando Jiménez del Oso**. Fue una experiencia extraña. **En un sótano descubrimos miles de figurillas de barro cocido, envueltas en papeles de periódicos y prácticamente olvidadas**. Calculamos **más de treinta mil**. Fernando y este pecador procedimos a desenvolver algunas de aquellas estatuillas y quedamos desconcertados. **La mayoría representaba toda clase de dinosaurios**: estegosaurios, tiranosaurios, triceratops, diplodocus, etc. **Otras figuras eran criaturas imposibles**. Según nuestras informaciones, la casi totalidad de las imágenes fue reunida por un súbdito alemán emigrado a la ciudad de Acámbaro, en el estado de Guanajuato.

En julio de **1945**, **Waldemar Julsrud** paseaba a caballo por una colina próxima a la referida población. Fue entonces cuando distinguió varias figurillas de cerámica, desenterradas —posiblemente— por las lluvias. Waldemar, interesado por las antigüedades, solicitó a uno de los campesinos del lugar —**Odilón Tinajero**— que removiera la colina, «por si pudiera hallar otras piezas». Tinajero obedeció y encontró miles de estatuillas de barro.

Entre 1945 y 1952 fueron desenterradas del orden de treinta mil. Además de los citados dinosaurios aparecieron puntas de flechas, de obsidiana, dientes de caballo, máscaras, pipas y serpientes de barro y figuras humanas (también en cerámica) que oscilaban entre 60 centímetros y 1,20 metros de altura.

¿Cómo podía ser? Tanto los dientes de caballo como otras imágenes de mamíferos (rinocerontes y tapires) se dieron en América en el Pleistoceno (primer periodo de la era Cuaternaria hace más de un millón de años). Naturalmente, **los arqueólogos rechazaron el hallazgo, estimando que estaban ante un gigantesco fraude**. Y Waldemar se preguntó, con razón: «Si los primeros pobladores llegaron a América hace treinta mil años, ¿cómo es que sabían de animales que desaparecieron hace un millón de años?». En **1968** se llevó a cabo la primera datación de las figurillas de barro cocido de Acámbaro. La efectuó la sociedad **Isótopos Inc., de Westwood, en Nueva Jersey** (Estados Unidos). Antigüedad: **3.590 años**. En otras palabras: las figurillas **podieron ser fabricadas hacia el año 1600 a. C.** Pero los arqueólogos siguieron negando...»





¿Qué opinaban los investigadores sobre el «tesoro» de Waldemar?



Charles DiPeso, de la Fundación Amerindia, de Arizona, aseguró que las figurillas eran falsas «porque no mostraban señales de haber permanecido enterradas». El profesor **Charles Hapgood** se enfrentó a la hipótesis de DiPeso, asegurando que él había asistido al hallazgo de piezas que sí conservaban restos de materia orgánica. Estas partículas, justamente, se enviaron a Nueva Jersey para su datación. El carbono 14, como detallé, arrojó una

antigüedad de 3.590 años. Hapgood, como digo, fue testigo directo de una de las excavaciones en las cercanías de Acámbaro. El hecho ocurrió en una casa construida hacia 1930, mucho antes de los primeros hallazgos de Waldemar. Al excavar en la casa fueron descubiertas cuarenta y cuatro piezas similares a las obtenidas por Julsrud. Pero los arqueólogos se negaron a aceptar el descubrimiento del profesor Hapgood... El doctor **Raymond Barber**, del Museo del Condado de Los Ángeles, fue igualmente testigo del hallazgo de numerosas figurillas de barro en las colinas cercanas a la ciudad de Acámbaro. Algunas de las figuras fueron examinadas por el **profesor Romer**, del Departamento de Zoología de la Universidad de Harvard. Romer estimó que «se trataba de dinosaurios, pero desconocidos». E hizo una observación interesante. Entre las piezas estudiadas aparecía la de un elefante asiático. Y se preguntó: «¿Cómo podían saber los antiguos mexicanos de la existencia de esta clase de animales? En América jamás se dio el elefante asiático».

Otro de los investigadores que se pronunció sobre la colección de Waldemar fue **Harry Möller**. En una entrevista de Elvira García para la revista Encuentros extraterrestres, Möller declaró que las treinta mil figurillas de barro pudieron llegar desde Europa antes de la catástrofe que terminó hundiendo a la mítica Atlántida. El «tesoro» —según Möller— habría sido enterrado en Tenochtitlán (antigua capital azteca) y descubierto por los conquistadores españoles. Finalmente, las figurillas fueron trasladadas a Acámbaro. Esta hipótesis —compartida por Waldemar— nos llevaría muy lejos. Según los campesinos de Acámbaro, las figurillas se presentaban en «enormes bolsas», siempre revueltas y a escasa profundidad. Nunca aparecieron en tumbas. En una localidad relativamente próxima — San Miguel Allende— fueron localizadas otras cinco mil figurillas, también de barro cocido, que representan hombres con dinosaurios y extraños seres con manos y pies palmeados y lenguas bífidas. Durante un tiempo estudié la cultura chupícuaro —que se asentó en la zona de Acámbaro—, pero no encontré un solo vestigio que permitiera identificar las treinta mil figurillas con dicha etnia».



30 AÑOS DESPUÉS

«Treinta años después regresamos a Acámbaro. Corría el mes de junio de 2019. Tras la muerte de Waldemar, el Ayuntamiento de la ciudad consiguió abrir un museo con las piezas que había reunido el alemán. Blanca y yo quedamos gratamente sorprendidos. No eran treinta mil las figurillas de barro cocido. Según el museo, el «tesoro» de Waldemar Julsrud suma unas treinta y siete mil. Recorrimos las seis salas con detenimiento, examinando las cuarenta y tres urnas de cristal. En total sumé cinco mil piezas, todas de barro. El resto se encuentra en el sótano del edificio. Nos permitieron visitar dicho sótano y quedamos nuevamente desconcertados. **En 268 cajas se almacenan alrededor de treinta y dos mil piezas**, casi todas rotas. Llevar a cabo un inventario y recomponer las figurillas costaría un dinero que el municipio no tiene. Abandonamos el museo con una sensación agri dulce. Para nuestra sorpresa, además de infinidad de dinosaurios desconocidos, contemplamos criaturas con rasgos egipcios, celtas, hindúes y cretenses. En el museo nos informaron sobre algo que estimé importante: en 1954, el Gobierno de México envió a la ciudad de Acámbaro un equipo de arqueólogos con la finalidad de examinar las figurillas. Excavaron los cerros próximos y descubrieron decenas de figuras de arcilla, similares a las de la



colección Julsrud. El informe, sin embargo, fue negativo. **Los arqueólogos no aceptaron que el hombre hubiera convivido con los dinosaurios...**

Waldemar falleció en 1964 sin que se le hiciera justicia. Y **Toño Erazo**, el investigador mexicano que nos acompañaba, siguió insistiendo:

—Tienes que verlas... Tienes que ver esas **pedras grabadas**.

Se refería a una colección de lajas, desenterradas, al parecer, en el estado de Michoacán. Sinceramente, no le presté mucha atención. En esos momentos me absorbía el

asunto de las figurillas de Acámbaro y un caso de encuentro con un humanoide en la población de Hueyboxtla, en el estado de México (ver Están aquí). Pero terminé accediendo. Veríamos esas lajas... Y el 7 de junio (2019) —según consta en mi cuaderno de campo— acepté pasar por el domicilio de Luis Herrera, amigo de Toño. Y nos llevamos la sorpresa del día y del año... Llegamos a la casa —en un lugar que no debo revelar— hacia las once y media de la mañana. Y Luis nos mostró medio centenar de piezas... ¡deslumbrantes! En una de las salas se alineaban figuras de barro, lajas grabadas, collares, hachas, puñales de obsidiana y grandes cuencos con figuras imposibles. Durante los primeros minutos no supe hacia dónde mirar. Toño, nuestro amigo, sonreía, satisfecho. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. **¿De dónde había salido aquello?** Las piezas —de mármol, cuarzo, florita, ónix y jade— presentaban sirenas junto a seres de grandes cráneos y ojos almendrados. ¡Era la representación de seres extraterrestres! En otras lajas negras se veían naves, en pleno vuelo».



«Más allá **calendarios parecidos al azteca**. Más naves, más sirenas, más seres no humanos, más grabados oficialmente imposibles, urnas en forma de ovni con tripulantes de enormes cabezas en su interior, espadas, lanzas y hachas con los mangos delicadamente grabados (en todos ellos se apreciaban seres no humanos y planetas). Las planchas de jade verde oscuro —en realidad, jade nefrita— aparecían con bellísimas incrustaciones de madre perla y con un asombroso acabado espejo. Varias de las lajas superaban los cien kilos de peso.

Y Luis procedió a contar lo que sabía:

—Hace un año, aproximadamente, en el estado de Michoacán, cuando excavaban para la construcción de una carretera, aparecieron estas piedras grabadas, así como las figuras y urnas. Había cientos. Los ingenieros se llevaron muchas.

Necesitaron helicópteros para su traslado. Algunas piezas pesaban del orden de una tonelada.

—¿A qué profundidad las encontraron?

—A cosa de un metro.

—¿Puedes decirnos el lugar exacto donde las hallaron? Luis sonrió y se negó. Y aclaró: —Es un lugar muy grande. Hay varios pueblos que están desenterrando piezas. Después las venden. Si revelara el sitio, me matarían.

—¿Cuántas piezas han podido ser desenterradas?

—Miles... Y están extendidas por toda la república y en el extranjero. Los rusos se han llevado muchas.

—¿Se conoce la antigüedad?

—No. Un geólogo amigo las envió a Nueva York y los arqueólogos **dijeron que eran falsas**.

—¿Por qué?



—Sencillamente no admiten la presencia extraterrestre.

—¿Hubo algún tipo de datación?

—Que yo sepa no. **La piedra no puede ser sometida al carbono 14.** Luis Herrera llevaba razón. Pero los mangos de hueso de los cuchillos de obsidiana sí podrían ser datados. Se lo expliqué y aceptó regalarme uno de los puñales».

CONCLUSIONES QUE ARROJA ESTE LIBRO SOBRE ESTE MISTERIO



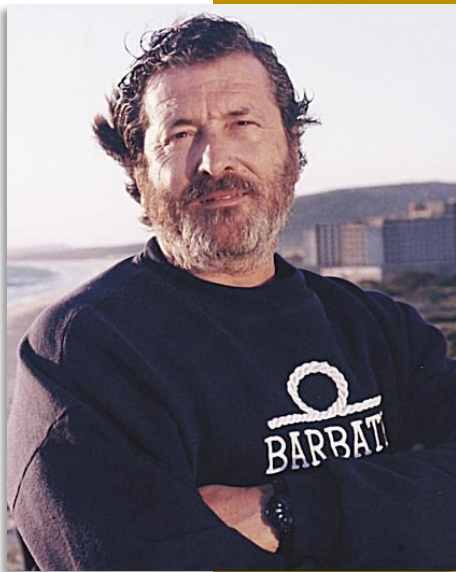
- Entre el cerro El Toro, Ojuelos (Jalisco), San Luis Potosí, Acámbaro, Puebla y el estado de Michoacán he sumado del orden de **60.000 piezas de barro cocido y piedras** (lajas) con **grabados imposibles.**
- La antigüedad máxima de algunas de esas piezas es de **8.000 años.** Otras dataciones apuntan a que **la arcilla y el pegamento utilizado oscilan entre 3.800 años de antigüedad y el siglo XVI.**
- Los altorrelieves y grabados de estas piezas presentan una **escritura desconocida**, con cierta **semejanza con el bereber antiguo.**
- Resulta obvio que **la mayor parte de los altorrelieves fue grabada por: «ellos»** (mis «primos»: seres no humanos). No se han detectado señales de herramientas a la hora de grabar.
- «Ellos» **han visitado México en múltiples ocasiones**, y a lo largo de su historia, proporcionando a los nativos enseñanzas sobre agricultura, metalurgia, construcción de pirámides, domesticación de animales e, incluso, cómo llevar a cabo sacrificios humanos.
- **Datación de la muestra obtenida de «La pareja»: 1.800 años de antigüedad (siglo III)**
 - «Ellos» **anunciaron la llegada de los españoles.**
 - «Ellos» **se mezclaron con las nativas y, probablemente, mejoraron las razas humanas.**
- «Ellos» **guiaron a los aztecas en 1111**, durante casi dos siglos, desde el actual territorio norteamericano al centro de México.
- «Ellos» **descendieron en el siglo XX en el Valle de Santiago** (Guanajuato) y entregaron a los humanos una fórmula para cultivar vegetales gigantes.



Ediciones
Luciérnaga

ÍNDICE DE CONTENIDOS

- I. ¿ATLÁNTIDA?
- II. «TIENES QUE VERLAS»
- III. VISIÓN REMOTA
- IV. UNA PIPA DE BARRO
- V. LOS RUSOS
- VI. VISIÓN REMOTA
- VII. «LA PAREJA»
- VIII. VISIÓN REMOTA
- IX. ¿PROFECÍAS?
- X. VISIÓN REMOTA
- XI. CONCLUSIONES



JJ BENÍTEZ

Tras el fallecimiento de Blanca, su esposa durante 39 años, J. J. Benítez ha recuperado la ilusión. La nueva luz se llama Inmaculada. Es sevillana. Su bondad e inteligencia no tiene límite.

J.J. Benítez nació en Pamplona, España en 1946 y en 1962 ingresó en la Universidad de Navarra, se licenció en Ciencias de la Información. J.J. Benítez es un estudioso y explorador de todo tipo de misterios, periodista, autor, director y guionista. Ha escrito 48 libros y es considerado un autor de "bestsellers" mundialmente con más de nueve millones de ejemplares vendidos. Sus libros cubren una variedad de temas de ficción y no ficción que destacan su insaciable curiosidad tanto en investigación, como en filosofía, ensayos, cuentos cortos, poemas, historia y los grandes enigmas del mundo.





Ediciones
Luciérnaga

Ficha técnica del libro

LA CARA OCULTA DE MÉXICO

JJ Benítez

Ed. Luciérnaga, 2024

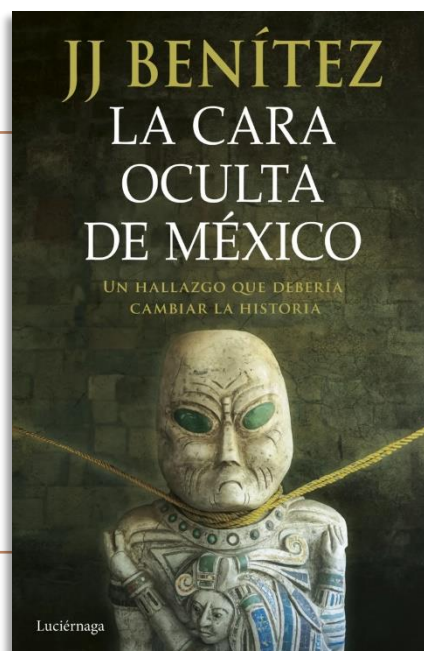
15 x 23 cm.

256 páginas

Cartoné

PVP c/IVA: 21,95 €

A la venta desde el 2 de octubre de 2024



Para más información a prensa o entrevistas con el autor:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Ed. Luciérnaga

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es

